



Barcelona, 17 de marzo de 2008

Continúa el conflicto de TMB

Koldo Blanco

El conflicto laboral que enfrenta a los conductores de autobuses con la empresa Transportes Metropolitanos de Barcelona amenaza con eternizarse. Entre diciembre y enero los sindicatos convocaron siete días de huelga, a los que se suman ahora los cinco de esta primera semana de marzo. Los paros continuarán todos los jueves de forma indefinida. Por su parte, la empresa ha manifestado en reiteradas ocasiones que no negociará mientras no se desconvoquen los paros. Si ambas partes mantienen sus posiciones, será imposible llegar a un acuerdo. Mientras tanto, las administraciones siguen sin tomar cartas en el asunto, absortas como están en el desarrollo de las elecciones generales. A los responsables políticos no parece preocuparles los trastornos que esta situación ocasiona a miles de ciudadanos.

Llueve sobre mojado. El año pasado acabó con las desastrosas consecuencias de la falta de planificación de las obras del AVE, que provocó el caos en los accesos urbanos, daños materiales en las infraestructuras, molestias a los usuarios y daños morales a muchos vecinos, especialmente en El Prat, Gornal y Bellvitge, la franja que se ha visto más damnificada por culpa de la inusitada prisa de las autoridades por hacer llegar cuanto antes la vía a Sants. Ello se ha realizado no importando el precio que hayan tenido que pagar los ciudadanos. Es un patrón al que ya estamos acostumbrados: Las decisiones de los responsables políticos, basadas en meros cálculos de conveniencia electoral, no tienen en cuenta los intereses de los ciudadanos, repercutiendo dramáticamente en éstos, que son finalmente quienes acaban pagando las consecuencias.

Pero si el pasado año fue especialmente nefasto para las infraestructuras, éste no se presenta más tranquilo. Cuando no es que cae una catenaria, descarrilan unos cuantos vagones o se produce el hundimiento de la calzada sobre una galería de metro en construcción. Estos incidentes son casi diarios, provocando los consabidos retrasos, suspensiones y colapsos de los servicios del transporte público. Son tan habituales que ya nadie se sorprende. Se han convertido, por emplear un lenguaje caro a nuestras élites políticas, en una característica "propia" de la geografía urbana, como los turistas de las Ramblas o las obras de la Sagrada Familia.

Pues bien, estas huelgas interminables de los conductores de los autobuses metropolitanos no logran sino empeorar las cosas, aún más si cabe. Hay que reconocer que los conductores aguantan unas condiciones laborales duras, con horarios exigentes, y que disponen de un solo día de descanso semanal. Sus reivindicaciones son razonables. Solicitan una ampliación de la plantilla para atender mejor a los usuarios, y dos días de descanso a la semana. Son sin duda aspiraciones legítimas y atendibles. No lo son tanto los métodos utilizados. Algunos trabajadores parecen no darse cuenta de que quienes salen más perjudicados por estas movilizaciones son los usuarios del transporte público, no la empresa, que gana en el aumento de los desplazamientos en el metro lo que pudiera perder por la inmovilización de los autobuses. Muchas de las personas que se desplazan diariamente en autobús soportan condiciones de trabajo tan duras o peores que las de los propios conductores. Un poco de solidaridad cabría esperar por su parte.

Sin embargo, el papel más vergonzoso corresponde a los responsables políticos. De ellos deberíamos poder esperar que mostraran algún tipo de preocupación por los problemas de los ciudadanos. Pero hasta ahora no hemos oído sino lamentos. Ninguna iniciativa que contribuya a solventar el problema. El alcalde Jordi Hereu llegó a decir en enero que estaba "cansado de gestionar las crisis". Podríamos elogiar su sinceridad si no fuera porque constituye una patética manifestación de impotencia, fastidio y falta de voluntad por asumir las responsabilidades inherentes al cargo y ejercer su autoridad. Ni el alcalde ni ningún otro responsable del Ayuntamiento o la Generalitat han mostrado interés alguno por actuar, como sería su deber, para obligar a las partes a llegar a un acuerdo, en beneficio del interés común. Un vez más vemos cómo los políticos se inhiben y los ciudadanos resultan perjudicados por ello.

Lo que necesitamos ahora más que nunca son políticos competentes que se dediquen a tratar de resolver los problemas cotidianos, como los del transporte, la atención sanitaria o el acceso a la vivienda. ¿Es eso mucho pedir? Al parecer, sí. Los políticos actuales están dando sobradas muestra de incompetencia. O no son capaces, o su prioridad no es la de atender las necesidades de la gente. En el primer caso deberían dimitir. Si no es así, una ciudadanía no lo bastante anestesiada debería tomar nota y ser capaz de expulsarlos de las instituciones mediante su voto.

www.ciutadans-bcn.net, 7 de marzo de 2008.

El diputado José Domingo denuncia el destino de una ayuda del gobierno de la Generalitat a las JERC

El portavoz adjunto de Ciutadans-Partido de la Ciudadanía, José Domingo, ha denunciado en la comisión de Cooperación y Solidaridad que el gobierno de la Generalitat otorgó en el ejercicio 2007 a las Juventudes de ERC una ayuda para la cooperación y el desarrollo internacional que "han utilizado en 2008

en clave interna de partido para traer a Cataluña un grupo de jóvenes bolivarianos que dan apoyo a los Derechos y las Libertades de los Países Catalanes”.

En concreto, a las JERC les fue concedida una ayuda destinada al “reforzamiento de una red asociativa juvenil de Bolivia”, ayuda que las JERC han destinado a viajar del 16 al 20 de enero (de lo que informan en su página *web*; véase también <http://es.youtube.com/watch?v=p5dZtrfrKRA>) a Bolivia donde han “visitado el Parlamento para apoyar su Constitución, conocer la lucha bolivariana femenina, así como, hacer contactos con el partido MAS-IPSP”. Para José Domingo, “una vez más Carod-Rovira ha utilizado los recursos de todos los catalanes para beneficiar a su partido”. De hecho, Domingo considera “lamentable” que este mes de marzo los bolivarianos hayan devuelto la visita para “dar apoyo a los elecciones en los Países Catalanes y más concretamente al partido de ERC”; en concreto, dirigentes de las Juventudes del partido MAS-IPSP viajaron a Barcelona el 7 de marzo para “controlar las elecciones y el cumplimiento de los derechos y las libertades de los Países Catalanes”. La *web* de JERC informaba que dicha delegación se reunió con diversos cargos del “Principado de Cataluña”, así como con el Secretario General de ERC, Joan Puigcercós.

C's, 13 de marzo de 2008.

Vanguardia de la autodefensa del pueblo catalán

Arcadi Espada

Querido J:

Quiero darte la noticia de que la semana pasada hubo elecciones en España, que se resolvieron con el triunfo del actual presidente del Gobierno. Pero eso es secundario. Lo que a ti y a mí nos interesa es lo que ha sucedido con el Partit del Socialistes de Catalunya, aquel partido, ¿recuerdas?, al que querían expulsar del país y que durante muchos, muchos años los nacionalistas sometieron a todo tipo de humillaciones, siempre encajadas, eso sí, con una sonrisa. Los resultados electorales del partido son espectaculares. Los mejores de su historia. Son mejores, incluso, que los de 1982; porque cuando entonces, y a pesar de haber obtenido un porcentaje de voto similar, los socialistas catalanes funcionaron más bien como estafeta de la marea socialista de los 202 diputados. Ahora, por el contrario, la participación de los catalanes en el triunfo socialista, es mucho mayor. Es un triunfo con denominación de origen. Indiscutible. Abrumador. Un triunfo que esmalta el absoluto dominio del partido sobre el conjunto de la política catalana. ¿Recuerdas, emocionado amigo mío, aquel denso lirismo sobre la sabiduría del pueblo catalán que nos empapuzó durante los ochenta y los noventa? ¿Aquel casticismo de que Cataluña nunca ponía todos los huevos en la misma cesta, que votaba socialista o nacionalista según fuera la demanda municipal, autonómica o general, a fin de que ningún partido se hiciera con el agobiante monopolio de las

decisiones? Era una de las formas más estúpidas y provincianas del narcisismo catalán a la que poca razón práctica podía oponerse. Ya ves en lo que ha quedado. El socialismo gobierna las ciudades, las provincias, el gobierno regional y la delegación del gobierno. El socialismo gobierna los medios de comunicación públicos y la inmensa mayoría de los privados. Dispone de una posibilidad de influencia sobre el gobierno español como nunca la tuvo y la destrucción electoral a que ha sometido a sus coaligados en la Generalitat, combinada con el ansia de pacto estatal de Convergencia, le augura a don José Montilla un franco mandato que sólo podría poner en peligro el carácter multilógico de Esquerra Republicana.

La victoria tiene, además, un rasgo indiscutible. Ha sido una victoria nacionalista. Tú sabes que yo he utilizado más de una vez en nuestras conversaciones aquella imagen impactante de la investidura electoral de Jordi Pujol (en 1984, en el contexto de la querrela de Banca Catalana), cuando el entonces líder socialista, Raimon Obiols, bajó la cabeza y entró en su coche, en medio de una lluvia de huevos e insultos podridos. Yo vi en aquel gesto huidizo e impotente la razón poética por la que el socialismo no desplazaba a Pujol de la Generalitat. Tarradellas lo había dicho antes: “Los socialistas no ganan porque no quieren”. De hecho Tarradellas ya lo había dejado dicho en 1980, al filo del alba electoral: “Esta noche hay dos personas que no duermen en Cataluña. Una es Jordi Pujol, que teme perder las elecciones. El otro es Joan Reventós, que teme ganarlas”. Tarradellas y yo pensábamos en lo mismo: los socialistas catalanes no ganaban porque eran incapaces de articular un discurso al margen del catalanismo.

Sería de una ociosa melancolía el examinar ahora hasta qué punto era ése, entonces, un planteamiento correcto. Pero lo cierto es que los socialistas catalanes han conseguido el triunfo más espectacular de la historia con un discurso que no ha tenido una sombra de concesión españolista. La sombra no afecta siquiera a uno de los mitos célebres de la disidencia, es decir, la abstención: aunque cuatro puntos por debajo de la media española los resultados incluyen una participación del 70 por ciento. Lo han logrado en nombre del presidente del Gobierno más favorable a la comprensión del nacionalismo. Un presidente que impulsó y gestionó la reforma estatutaria hasta el límite (ya veremos si dentro o fuera) de la legalidad. Un candidato que declaró en el mitin final de campaña su apoyo implícito a la política de sanciones lingüísticas. Y un forofo exhibido del Barça. El más difícil todavía es que la victoria no tiene rasgos pragmáticos, vinculados con la eficacia de los gobiernos socialistas. Es decir no es el resultado del “hechos y no palabras”, divisa de don José Montilla. Respecto de los hechos pocos años más aciagos, aunque no quepa achacar todas las causas a la gestión socialista. El Carmelo, la crisis de las infraestructuras, los pésimos resultados catalanes en la enseñanza, en la extensión de las nuevas tecnologías, la creciente debilidad empresarial... Estos son los hechos. Por el contrario, amigo mío, la victoria socialista tiene un eminente carácter sentimental y está hecha sólo de palabras. Échate a un lado: el

pueblo ha elegido al PSC por haberle parecido el mejor instrumento en la defensa de los intereses catalanes, que como tú bien sabes están permanentemente amenazados por la fiera corrupta del Partido Popular. Es irrelevante subrayar hasta qué punto todo esto es una ficción y qué porcentaje de ficción hay en este triunfo electoral. Cualquier votación se alimenta de un porcentaje más o menos nutrido de ficciones. El asunto de esta carta no es la deconstrucción de las ficciones. Es la observación de cómo los antiguos enemigos del pueblo han pasado a ser la vanguardia de su autodefensa.

Aún hay otro hecho singular, puramente irresistible. La teorización sobre la apuesta catalanista como vía de acceso al poder fue debida a la fracción burguesa y autóctona (perdona por los adjetivos) del socialismo catalán. Obra de Raimon Obiols, de Isidre Molas, de Narcís Serra y de Pasqual Maragall, grosso modo. Una vía que siempre contó con la reticencia (al menos con la reticencia) de un difuso grupo de socialistas, en un cierto tiempo llamados capitanes. Sobre ellos hubo siempre versiones distintas. Oscilaban entre su calificación como un mero ejemplo de aparatchiks o como un grupo dotado de proyecto político alternativo. Las cosas están ya claras. No sólo no hubo nunca un proyecto político alternativo, real, concreto. No sólo. El hecho imponente es que han sido los capitanes (o sus restos) los que, una vez alcanzado el poder, han aplicado el proyecto nacionalista sin complejo alguno, en toda su extensión y con una anécdota cuya carga simbólica ni siquiera la enfermedad puede desactivar por completo: con la renuencia, y el concreto voto en blanco, del propio Pasqual Maragall. Han sido los Montilla, Iceta, Zaragoza y Chacón los que no ha tenido el más mínimo pudor a la hora de hacer suyo el lenguaje nacionalista y a la hora de identificar al Partido Popular como el símbolo flagrante de la España negra, ya casi un pleonismo. Ni siquiera el circunspecto Raimon Obiols se atrevió nunca a poner en circulación el sintagma “contra Catalunya” de la manera cómo lo ha hecho hoy, y sin permitirse mover otra ceja que la del presidente Zapatero, don José Montilla Aguilera.

Ha sido, sin duda, un largo y tortuoso camino, pero plenamente nimbado por el éxito. La victoria obliga a arrumbar viejas y ya inservibles suposiciones. Entre ellas, destacando, la doble alma del socialismo catalán, o para decirlo más lindo, la sospecha de que tuviera su corazoncito. El socialismo catalán es uno y de hierro. Su feliz encarnación del mainstream catalán ya no admite discusiones. La evidencia no deslegitima el combate ideológico contra el nacionalismo. Sólo que lo hace infinitamente más dificultoso. En ese mundo no quedan aliados. Por cierto: ya no sé en qué mundo quedan.

Sigue con salud.

A.

www.arcadiespada.es, 15 de marzo de 2008.



Borrón y cuenta nueva

Francesc de Carreras

Quizás no imagina el lector la agradable sensación que supone escribir artículos sobre actualidad política tras haber pasado por un período electoral, especialmente si es tan confrontado y agrio como el que acaba de terminar. En tales situaciones, uno anda cauteloso para no contaminar los análisis de la situación con las propias inclinaciones políticas. En cambio, una vez conocidos los resultados electorales las opiniones fluyen de un modo más fácil y te desprecupas de las interpretaciones interesadas a que pueden dar lugar tus argumentos.

El período electoral, es decir, los últimos meses, no han sido otra cosa que la consecuencia de cuatro años de una cierta anomalía política. Por un lado, el atentado terrorista del 11-M había creado dudas razonables sobre la realidad de la victoria socialista de 2004 que, previamente, nadie se esperaba. No es que el gobierno Zapatero no tuviera legitimidad democrática plena, que por supuesto la tenía, sino que había motivos para pensar que en su triunfo electoral fue decisivo el trauma emocional producido por el atentado. En todo caso, es innegable que muchos consideraban todavía a Zapatero como un presidente, en cierto modo, provisional.

Ello se agravó por razones muy diversas a lo largo de la legislatura. Entre otras, el acuerdo parlamentario con ERC, la comisión de investigación del 11-M, la tramitación del Estatut coreada con un absurdo ¡España se rompe!, la inconsistencia del llamado “proceso de paz”, la forma agresiva de hacer oposición del PP, la respuesta del PSOE acusando a los populares de ser la “derecha extrema”, los medios de comunicación identificados con partidos políticos, sea la COPE o la SER. Total, cuatro años dominados por el ruido y la furia. Ruido y furia que ha empeorado en los últimos meses, en las últimas semanas electorales. La demagogia de las subastas sin ton ni son de ayudas, subvenciones y reducciones de impuestos, el recíproco discurso del miedo, los debates televisivos con acusaciones continuas de mentir... Menos razonar pausadamente, con argumentos consistentes y aceptar que se puede estar de acuerdo en algunas cosas y discrepar en otras, los dos grandes partidos han hecho de todo.

Pues bien, tras el resultado electoral, estoy convencido que todo esto se va a acabar. Si le faltaba alguna, Zapatero tiene todas las legitimidades y,

además, tanto el PP como el PSOE tienen motivos para iniciar una nueva etapa con un muy distinto clima político. Es el momento de hacer borrón y cuenta nueva. A ambos les interesa, ninguno de los dos ha obtenido la plena satisfacción de sus aspiraciones electorales y los apoyos de los parten en esta nueva legislatura son mucho más amplios y sólidos que hace cuatro años.

De entrada, ambos partidos han obtenido mejores resultados. El mismo PP, que ha perdido, ha sido el que más ha incrementado el porcentaje de votos. Además, el resultado electoral ha provocado un mayor bipartidismo. Entre el PSOE y el PP se han repartido el 84% de los votos (antes el 80%) y, en el Congreso, el 92% de los escaños (antes 89%). Ello significa que su dependencia de los pequeños partidos ha disminuido y pueden ponerse de acuerdo en cuestiones de Estado como siempre lo habían hecho hasta la legislatura pasada.

Asimismo, ni PSOE ni PP han crecido lo suficiente por donde más les conviene para estabilizar su voto. En efecto, los socialistas han crecido absorbiendo voto de IU y, en Cataluña, de nacionalistas que se sienten de izquierdas, pero no en el voto centrista necesario para asegurar su opción electoral. Los populares, por su parte, han aumentado su voto pero de manera muy insuficiente en Catalunya, comunidad imprescindible si quieren llegar a la Moncloa. Téngase en cuenta que prescindiendo del resultado en Catalunya, el PP hubiera ganado las elecciones. A ambos, por tanto, les conviene buscar votos centristas: al PSOE en toda España (el voto de los nacionalistas catalanes puede ser muy volátil) y al PP en Catalunya (y, también, en el País Vasco), lo cual supone moderación en las posiciones de ambos. Por tanto, tienen un amplio camino a recorrer en común.

Este camino común debería abarcar los temas en los que es obligado estar de acuerdo: política institucional (no puede ser que todavía no se hayan cubierto las vacantes en el CGPJ y del TC), política territorial cerrando el modelo en clave federal, pacto antiterrorista, política internacional, educación e inmigración. Por último, tampoco les sería difícil ponerse de acuerdo, junto a patronal y sindicatos, sobre algo urgente: un plan para hacer frente a la crisis económica que, al modo de los Pactos de la Moncloa de 1977, sentara las bases de un nuevo modelo de desarrollo económico para España.

La imagen de que hay importantes puntos de acuerdo entre los dos grandes partidos redundaría en bien de ambos y daría una serenidad a la vida política que es necesaria para restablecer el crédito perdido en estos años. Probablemente, lo que se les debe pedir a sus dirigentes es que piensen más en el conjunto de la sociedad que en ellos mismos y en sus partidos. Seguramente, todos, incluso ellos y sus formaciones respectivas, saldrían ganando.

La Vanguardia, 16 de marzo de 2008.

La víspera del día antes del después

Félix de Azúa

Ustedes van a votar mañana al candidato menos peor. Yo no voy a poder hacerlo, ay de mí, porque me encuentro en ese lugar llamado "el extranjero". Pero mejor que no vote porque confundo a la gente y no quiero hacerle un feo a nadie.

Que la confundo quedó demostrado ayer. Estaba yo leyendo hacia la una de la madrugada cuando oí turbadores ruidos en el tejado de la casa. Mi actual refugio es un ático bajo viejas vigas, de modo que distingo hasta el paso de un gato. No era un gato. Me asomé al rellano y vi, no sin emoción, que un sujeto se estaba descolgando desde la claraboya de la cubierta. Alarmado, inquirí sobre los motivos de semejante conducta a tan altas horas de la noche. El individuo, que llevaba un saco en la mano, me miró sin recelo y pude advertir que era un árabe delgado y extremadamente educado. "Acabo de arreglar la antena de la televisión, monsieur, le deseo un prolongado descanso", dijo cortés y salió disparado escaleras abajo. Sosegado, regresé a casa en donde mi mujer se moría de la risa. En ese momento comenzaron los gritos del vecino de abajo que gritaba "¡al ladrón, al ladrón!", pero en francés, que impresiona más porque se les dice "cambrioleurs", palabra imponente y difícil de pronunciar. En efecto, supe luego que el malhechor iba huyendo de la policía por los tejados, tras haber asaltado la casa paredaña. Sólo entonces me percaté del ulular de sirenas. Luego me dijeron que había logrado huir, pero como son educados nadie añadió: "gracias a usted, pedazo de merluzo".

Durante unas horas anduve cavilante porque si me ponían en una rueda de reconocimiento iba a ser de escasa ayuda. Al haber advertido tan nítidamente el origen africano del salteador, no pude fijar ningún detalle, ni si tenía la nariz gorda, los ojos pequeños o el pelo cano. Deduje que a veces una identidad fuerte impide la identificación mejor que cualquier disfraz. De modo que lo más identitario es lo menos identificable. Imaginen ustedes si voy a poder votar entre dos candidatos tan idénticos. Me deberían retirar el derecho de voto.

El Periódico, 8 de marzo de 2008.

C's

fedBcn

www.ciutadans-ciudadanos.com
www.ciutadans-bcn.org